

LA AUTORA SUPERVENTAS Y FENÓMENO MUNDIAL

CALLIE HART



Quicksilver

CALLIE HART

Quicksilver

Traducido del inglés por Jesús Jiménez Cañada

FAERIS

Título original: *Quicksilver*

1.ª edición: abril de 2025

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2024 by Callie Hart

Diseño de cubierta de Callie Hart. Imágenes de cubierta © Shutterstock; Dreamstime; Envato.

Cubierta: copyright © 2024 by Hachette Book Group, Inc.

© De la traducción: Jesús Jiménez Cañada, 2025

© Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2025

Valentín Beato, 21. 28037

Madrid



ISBN: 978-84-19988-50-8

Depósito legal: M. 358-2025

Impreso en España - Printed in Spain

Descubre aquí el reino de Faeris:



*Dedicado a quienes viven sus pesadillas
para que otros puedan vivir sus sueños.*



CIELO AJUN

ELOJO
DE LA MEDIANOCHE

BOSQUE
MIMBRE



EL PALACIO DE INVIERNO

YVELIA

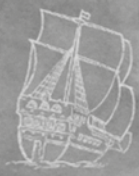
CAHUSH

ISLA TARRAN ROSS

DIGNOESTE

OMNAMERRIN

TIRRIN



SANASROTH



LA BRECHA



TIERRAS
DEL CIAN BAHQUIDDER



GILARIA

MONTAÑAS BAJAS

EL
ZURCIDO



GILLETHRYE
BALLARD

INISHTAR



ELESCUDO

LÏSSIA





JAMÁS LO OLVIDES...

LOS MONSTRUOS PROSPERAN
EN LA OSCURIDAD.

ATESORA EN TU MEMORIA
TODO LO QUE AQUÍ LEAS.

¡¡PREPÁRATE

PARA LA GUERRA!!





GUÍA
DE PRONUNCIACIÓN

PERSONAS

Saeris — Sa-eris

Rusarius — Ru-sa-rius

Omnamshacry — Om-nam-sha-crai

Iseabail — I-sha-bel

Belikon — Be-li-cón

Oshellith — Oh-she-liz

Taladaius — Ta-la-dai-us



Daianthus — Dai-an-zus

Lorreth — Lor-rez

Clan Balquhidder — Clan Bal-ki-der

Te Léna — Tei Le-nah

Danya — Dan-yah







LUGARES

Zilvaren — Sil-va-rén

Yvelia — I-ve-liah

Cahlish — Cal-lish



Sanasroth — Sa-nas-roz

Gilaria — Gi-la-ria

Lissia — Lís-sia

Ammontraíeth — Ah-mon-trei-ez

Omnamerrin — Om-na-mer-rin





MURO ARRIBA

— ¿Sabes una cosa? En realidad, no hay motivo alguno para tanta violencia.

En la ciudad de Zilvaren, era bien sabido que mentirle a un guardián se castigaba con la muerte. Yo era consciente de ello de un modo mucho más directo y doloroso que la mayor parte de los demás zilvarenos. Hacía justo un año, había presenciado cómo uno de los hombres de la reina, con su armadura de oro batido, había destripado a mi vecino por mentir sobre su edad. Y, antes de eso, algo mucho peor: me había quedado plantada en mitad de la calle, en silencio, mientras le rajaban la garganta de oreja a oreja a mi madre y por la herida se derramaba un chorretón de sangre caliente de campesina sobre la arena tostada por el sol.

La mano del apuesto guardián se cerró en aquel momento en torno a mi cuello. Su guantelete de bellos grabados reflejó el resplandor de las Gemelas, los dos soles que brillaban en las alturas, como si de un espejo dorado se tratase. Fue un milagro que yo no cediese al momento y le soltase todos mis secretos igual que se desparrama un fruto demasiado maduro al abrirse. Sus dedos de puntas metálicas se clavaron más profundamente en el hueco de mi garganta.

—Nombre. Edad. Distrito. Desembucha —dijo con un gruñido—. A los ciudadanos de baja estofa no se les permite la entrada en el Núcleo.

Al igual que la mayoría de ciudades, Zilvaren, Magno y Resplandeciente Estandarte del Norte, tenía forma de rueda. Alrededor del perímetro exterior de la ciudad, los diferentes radios —muros diseñados para mantener a la gente dentro de sus distritos— se alzaban hasta una altura de cincuenta metros, por encima de las chabolas y las alcantarillas anegadas.

El guardián me zarandeó con impaciencia.

—Que respondas, chica, o yo mismo me encargaré de arrojarte directamente por la quinta puerta del infierno.

Golpeé con la palma de la mano, sin mucha fuerza, su guantelete, totalmente incapaz de librarme de él. Esboqué una media sonrisa, puse los ojos en blanco y los alcé hacia aquel cielo blanco como el hueso.

—¿Cómo... cojones... voy a contarte nada... si no puedo... respirar?

Los ojos oscuros del guardián rebotaban pura ira. La presión que aplicaba a mi tráquea no hizo sino aumentar.

—¿Tienes idea del calor que hace en las celdas de palacio durante el ajuste, ladronzuela? Sin agua, sin aire fresco... El hedor de los cuerpos en descomposición se basta y se sobra para hacer vomitar a un alto ejecutor. Hazme caso, morirías en apenas tres horas.

Pensar en las celdas de palacio me puso en mi sitio. Ya me habían pillado robando una vez y me habían enviado allí durante un total de ocho largos minutos. Y con ocho minutos había bastado. Durante el ajuste, el momento en que los dos soles que representan a las diosas gemelas Balea y Min están más cerca el uno del otro y el aire de la tarde tiembla de calor, verse atrapada en ese infecto agujero que hace las veces de prisión bajo el palacio de la reina inmortal no tiene nada de divertido. Y además, yo hacía mucha falta en la superficie. Si no regresaba antes del ocaso, el trato que me había pasado horas negociando la noche anterior quedaría roto. Sin trato no habría agua y, sin agua, mis seres queridos sufrirían.

Así pues, por más fastidioso que fuera, cedí.

—Lissa Fossick. Veinticuatro. Soltera. —Le guiñé un ojo y el muy bastardo apretó aún más. El cabello negro y los ojos azules no eran rasgos comunes en la Ciudad de Plata, así que seguramente me recordaría. La edad que le dije era auténtica, así como mi patético estado civil, no así el nombre. De ninguna de las maneras iba a darle mi nombre real por las buenas. Ese cabrón se cagaría en los calzones al enterarse de que tenía agarrada a la mismísima Sae-ris Fane.

—¿Distrito? —preguntó el guardián.

Por los dioses vivos. Cuánta insistencia. Estaba a punto de arrepentirse de haber preguntado.

—Tercero.

—¿Ter...?

El guardián me arrojó de un empujón a la arena ardiente. Granos muy calientes me abrasaron la garganta al tragarlos accidentalmente. Respiré entre dientes y me cubrí la boca con la manga de la camisola, pero así no había manera de filtrar del todo la arena; un par de granitos se las arreglaron para pasar por entre la tela. El guardián retrocedió unos pasos.

—Los residentes del Tercer Distrito están en cuarentena. El castigo por abandonar el distrito es... es...

No había castigo por abandonar el Tercero porque nadie lo había abandonado jamás. Aquellos lo bastante desgraciados como para tener que sobrevivir a duras penas en los sucios callejones y apestosas callejuelas de mi hogar solían morir antes siquiera de que se les ocurriese la idea de escapar.

La rabia del guardián, que se cernía de pie sobre mí, se convirtió en algo más parecido al miedo. Fue entonces cuando me percaté del pequeño morral de la peste que le colgaba del cinto y comprendí que, al igual que muchos otros zilvarenos, era creyente. Con un espasmo, presa del pánico, alzó el pie y estrelló la suela del zapato contra mi costado. El dolor me dejó sin respiración al tiempo que él volvía a levantar la bota, listo para darme otro golpe. No era ni de lejos la primera paliza que me daban. Yo era capaz de

aguantar patadas tan bien como cualquier otro rufián esclavizado, pero aquella tarde en concreto no tenía tiempo para amoldarme a los caprichos de un fanático seguidor de Madra. Me estaban esperando y se me acababa el tiempo.

Con un rápido giro y un salto hacia delante, agarré al guardián justo por debajo de la rodilla, una de las pocas partes donde no llevaba la protección de la armadura dorada. Las lágrimas asomaron a mis ojos, rápidas, calientes. Creíbles. La verdad es que fue una actuación bastante sólida pero, claro, es que yo tenía mucha práctica.

—¡Por favor, hermano! ¡No me obligues a volver allí! De lo contrario, moriré. Toda mi familia sufre de temblores. —Solté una tos para dar más énfasis, un crujido seco que no se parecía en nada a las toses húmedas y congestionadas de los que ya estaban medio muertos. Él contempló la parte donde mi mano se cerraba sobre la tela de sus pantalones, boquiabierto de terror.

Un segundo después, la punta de su espada me pinchó la camisola justo entre los pechos. Habría bastado aplicar un poco de presión en la empuñadura del arma para que yo no fuera más que otra ladrona muerta, desangrándose en las calles de Zilvaren. Pensé que iba a hacerlo..., pero entonces vi que estaba sopesando la situación y comprendía lo que iba a tener que hacer a continuación si me mataba. En otros distritos, sí que se dejaba a los muertos para que se pudrieran en plena calle, pero la situación era bien diferente en las frondosas aceras ribeteadas de árboles del Núcleo. Quizá las élites adineradas de Zilvaren no pudieran mantener a raya la arena que traían los vientos calientes occidentales, pero desde luego no tolerarían que una rata enferma de peste se descompusiera groseramente en una de sus calles. Si aquel guardián me mataba, tendría que encargarse de despachar mi cadáver enseguida. Y, a juzgar por su semblante, no tenía ninguna gana de emprender una tarea tan ardua. Lo cierto era que, si yo era del Tercero, resultaba mucho más peligrosa que cualquier raterilla de tres al cuarto. Era contagiosa.

El guardián se arrancó de la mano el guantelete, así como el guante de debajo —de la misma mano con la que casi me había estrangulado— y los arrojó a la arena. El metal bruñido emitió un zumbido constante al golpear el suelo. Un sonido que me reverberó en los oídos. Y así, todos mis planes se echaron a perder. Me habían atrapado mientras escamoteaba un poco de hierro retorcido de un puesto del mercado. Había considerado mis posibilidades y me había planteado los riesgos, consciente de que aquel diminuto lingote me proporcionaría bastantes beneficios. Sin embargo, aquello..., un metal tan precioso, tirado ahí en el suelo, como si no valiese nada... No pude resistirme.

Me puse en movimiento con una velocidad que el guardián no esperaba. Con una maniobra ágil y explosiva, me abalancé sobre el guantelete y lo agarré, con la vista fija en las dos grandes piezas de metal. El guantelete era asombroso; lo había forjado un maestro con gran habilidad. Los pequeños aros de oro se entrelazaban hasta formar una cota de malla notoriamente impenetrable, ya fuera por la espada o mediante magia. Sin embargo, el peso del guantelete, la sólida cantidad de oro que componía aquella parte de la armadura... Jamás volvería a sostener semejante cantidad de oro entre las manos.

—¡Quieta! —El guardián se lanzó sobre mí, pero fue demasiado tarde. Ya le había echado mano al guantelete. Me lo había puesto en la mano y ajustado a la muñeca. Y ya me dirigía a toda prisa hacia el Núcleo, tan rápidamente como podía mover las piernas—. ¡Detened a esa chica!

El grito del guardián reverberó por el patio adoquinado con un eco estentóreo, pero nadie le hizo caso. La multitud que se había reunido para presenciar el espectáculo cuando me capturó se había dispersado como niños asustados en el mismo momento en que yo había pronunciado la palabra «Tercero».

Un recluta tenía que seguir un entrenamiento formidable antes de que lo aceptasen en la guardia de la reina Madra. Quienes eran seleccionados para el extenuante programa de dieciocho me-

ses se veían sometidos repetidamente a ahogamientos que casi los mataban, o bien a palizas brutales mediante todos y cada uno de los sistemas de artes marciales registrados en las polvorientas bibliotecas de la ciudad. Cuando se graduaban, eran capaces de tolerar un grado inimaginable de dolor y tenían tal dominio de sus armas que eran invencibles en una pelea. Eran máquinas. En los barracones, en el patio de entrenamiento, yo no podría durar ni cuatro segundos contra un guardián entrenado en condiciones. El orgullo de la reina Madra exigía que sus guardias fueran los mejores de entre los mejores. Sin embargo, el orgullo de Madra también era un monstruo hambriento e insaciable. Sus hombres no solo tenían que ser los mejores. También debían tener el mejor aspecto, y eso implicaba que la armadura de un guardián no era lo que se dice liviana. Sí, en un patio de entrenamiento, el gilipollas que me había pillado robando hierro me habría reducido en un instante. Pero aquello no era un patio de entrenamiento. Estábamos en el Núcleo, y era la hora del ajuste, y aquel pobre cabrón tenía una armadura que más bien le daba el aspecto de un pavo relleno para la cena de las festividades.

Con el peso de todo ese metal no iba a poder correr.

No iba a poder ni caminar a paso rápido.

Y, me cago en la puta, lo que no iba a poder hacer el cabrón era trepar.

Eché a correr hacia el muro oriental, moviendo brazos y piernas tan rápidamente como me permitían los dolores de todo el cuerpo. Salté al aire y choqué contra los desgastados bloques de arenisca del muro. El impacto me hizo expulsar todo el oxígeno de los pulmones.

—Ay, ay, ay.

Me sentía como si Elroy hubiese echado mano de un mazo de su forja y me hubiese golpeado el plexo solar con él. No me atreví a pensar en los moratones que tendría a la mañana siguiente al despertar... Si es que despertaba. No me quedaba tiempo. Clavé los dedos en un hueco estrecho entre los pesados bloques de are-

nisca, apreté los dientes y me aupé. Mis pies arañaron la superficie en busca de agarre. Lo encontraron. Pero mi mano derecha...

Aquel maldito guantelete.

Qué mal lo habían diseñado.

El oro repiqueteó con una resonancia que era un canto de sirena mientras yo lo golpeaba contra el muro en un intento de agarrarme a algo que me ayudara a auparme aún más. Mis dedos, hábiles y delgados, hechos para forzar cerraduras, quitar pestillos de ventanas y jugar con el denso cabello de Hayden, no servían de nada si no podía mover la muñeca. Y ese era el caso.

«Joder».

Si quería vivir, no había nada que hacer. Iba a tener que soltar el guantelete. Sin embargo, esa idea era ridícula. El guantelete debía de pesar cerca de dos kilos. Dos kilos de metal. No podía dejarlo atrás. Aquel guantelete era más que una pieza de armadura robada. Era la educación de mi hermano. Tres años de comida. Un billete de salida de Zilvaren, hacia el sur, al lugar donde los vientos implacables que soplaban por las colinas secas eran veinte grados más frescos que en la Ciudad de Plata. Y nos sobraría suficiente dinero para comprar una casita si así se nos antojaba. Nada demasiado elegante; bastaba con que no entrase el agua al llover. Algo que yo pudiera dejarle a Hayden cuando me atraparan los guardianes. No «si me atrapaban», sino «cuando me atraparan», porque era inevitable.

No, dejar caer aquel guantelete me costaría algo mucho más valioso que mi vida. Me costaría la esperanza, y no pensaba entregar algo así. Antes prefería arrancarme el brazo.

Así pues, seguí ascendiendo.

—¡No hagas ninguna locura, chica! —gritó el guardián—. ¡Te vas a caer antes de haber subido ni la mitad del muro!

Si el guardián regresaba a los barracones sin el guantelete, iba a sufrir las consecuencias. Yo no tenía ni idea de cuáles serían esas consecuencias, pero no iban a ser agradables. Por mí, podrían cortarle las manos al muy cabrón y enterrarlo hasta el cuello en la arena en medio del calor del ajuste. Yo pensaba irme a mi casa.

El dolor reverberaba por mis dedos, me subía por el brazo como una cuerda en llamas y me abrasaba el hombro mientras yo seguía subiendo, pataleando, muro arriba. Me dirigí hacia una parte de la piedra que parecía erosionada pero estable. O, al menos, tan estable como era de esperar. Con el suficiente tiempo, el viento era capaz de erosionarlo todo en esta ciudad, y llevaba milenios mordisqueando a Zilvaren entera. Aquella arenisca era engañosa. Los muros y estructuras de la ciudad parecían robustos, pero no lo eran en absoluto. Se sabía que, en cierta ocasión, una buena patada había derrumbado un edificio entero. No es que yo fuese tremendamente pesada, pero tampoco era un alfiler. Al lanzarme repetidamente contra aquel muro, estaba poniendo en peligro tanto mis extremidades como mi vida.

Salté y se me subió el estómago a la garganta mientras atravesaba el aire... y luego se me encogió como un puño cuando impacté contra el muro. La adrenalina se me derramó por la sangre, pues sucedieron tres milagros al mismo tiempo.

Primero: el muro aguantó.

Segundo: conseguí aferrarme a un agarre impresionante con la mano izquierda.

Tercero: no se me salió el hombro.

El pie. Afianza el pie. El p...

Mierda.

El corazón se me subió a la garganta en el momento en que la planta de mi pie izquierdo resbaló contra el muro y se me quedó todo el cuerpo colgando.

A mis pies se oyó una voz suave y femenina que ahogaba un grito en mitad del silencio. Supongo que, a fin de cuentas, sí que tenía espectadores.

No miré abajo.

Tardé un instante en estabilizarme. Solté una serie de maldiciones fruto de la tensión antes de sentirme lo bastante segura como para volver a respirar.

—¡Chica, que te vas a matar! —gritó el guardián.

—Puede, pero ¿y si no me mato? —le respondí.

—¡Pues habrás perdido el tiempo igualmente! ¡No hay un solo traficante en esta ciudad que sea lo bastante estúpido como para comprar una pieza de armadura robada!

—¡Venga ya! ¡Conozco a uno o dos que estarían dispuestos!

La verdad es que yo no conocía a nadie. Daba igual cuánta escasez hubiese, daba igual cuántas familias muriesen de hambre o de enfermedad: ni un solo habitante de Zilvaren se atrevería a traficar con algo tan peligroso como el guantelete que me había encajado en el antebrazo. Pero me daba igual. Yo no pensaba intentar venderlo.

—De verdad que no te voy a perseguir. Tienes mi palabra. ¡Suelta el guantelete y podrás marcharte!

Se me escapó una risa que era más bien un gruñido. Y había quien decía que los guardianes no tenían sentido del humor. Aquel tipo era un puto bufón.

Otro salto. Otra sacudida acompañada de una punzada de dolor. Calculé la trayectoria lo mejor que pude, asegurándome de nuevo de apuntar a la sección de piedra menos hundida. Por fin me encontraba a suficiente altura sobre las calles del Núcleo, así que me permití el lujo de esperar un instante para recuperarme. Si cambiaba el guantelete de brazo, ¿se me caería? Y, lo que era más importante aún, ¿sería capaz de sujetarme al muro con el brazo más débil mientras realizaba el cambio? Había demasiadas variables que tener en cuenta y muy poco tiempo para hacerlo.

—¿Cómo piensas bajar por el otro lado, niña?

¿Niña? ¡Ja! Qué agallas tenía el muy cabrón. Ahora gritaba con menos fuerza. Yo había ascendido unos quince metros..., lo suficientemente alto como para ver la parte superior del muro. Y lo suficientemente lejos de la calle como para que me brotase un sudor frío en la nuca al mirar hacia abajo.

El guardián tenía toda la razón. Bajar por el muro iba a ser igual de peligroso que subir, pero es que el chivo expiatorio de la Reina Imperecedera que me esperaba ahí abajo era de buena cuna.

Había crecido en el Núcleo. Sus padres nunca habían tenido que echar el cerrojo de la puerta por la noche. Ese hombre jamás se había planteado trepar por los muros que lo protegían de la ingrata e infecciosa chusma del otro lado. Yo me había pasado media vida corriendo por lo alto de aquellos muros, pasando de un distrito a otro, encontrando el modo de colarme en lugares donde no me estaba permitida la entrada.

Se me daba bien.

Y, sobre todo: me resultaba divertido.

Acabé el ascenso en menos de dos minutos. El guantelete golpeó contra la diminuta duna de arena acumulada en la parte superior del muro. Me aupé sobre el borde y varios granitos de cuarzo empezaron a vibrar, temblando en el aire a un milímetro sobre la arcilla, en cuanto el oro empezó a cobrar vida.

Me quedé helada, con el aliento atrapado en los pulmones. La peculiar escena me había dejado sin respiración.

El guantelete susurró y empezó a balancearse al tiempo que yo me erguía hasta quedar sentada a horcajadas sobre el muro. Las partículas de cuarzo se elevaron más y más y más.

«Ella nos ve».

«Ella nos siente».

«Ella nos ve».

«Ella nos siente».

«Ella...».

Le di un manotazo al guantelete y la pieza de armadura guardó silencio. Las resplandecientes motas de cuarzo volvieron a caer a la arena.

—¡Te encontraré, chica! ¡Lo juro! ¡Suelta ese guantelete o tendrás en mí un enemigo para toda la vida!

Ahí estaba por fin: un soniquete de pánico en la súplica del guardián. La realidad de la situación lo había golpeado. Yo no iba a morir de una caída. Y tampoco se me iba a caer accidentalmente el guantelete que él mismo había arrojado al suelo, asqueado, al darse cuenta de que había tocado a una rata de la peste.

Me había escapado de entre sus dedos, y no había nada que él pudiera hacer al respecto, aparte de gritarle amenazas a un fantasma en el cielo. Porque eso era yo; un fantasma que ya se había marchado. El muy idiota de ahí abajo no iba a ser el primer enemigo que me ganaba entre los hombres de Madra, pero no pensaba volver a dedicarle ni un solo pensamiento. Estaba ocupada imaginando todas las cosas increíbles que iba a forjar con su impresionante guantelete.

Pero antes pensaba fundir hasta el último gramo de oro de aquella gloriosa pieza.



NO TOQUES
LA ESPADA

NO GIRES
LA LLAVE

NO ABRAS
LA PUERTA



FAERIS

